

JOSÉ RAMÓN JOUVE MARTÍN

El poeta y sus coleccionistas. Los manuscritos de Juan del Valle y Caviedes: Historia literaria de una dispersión

Murcia: EDITUM, 2023.

BERNAT CASTANY PRADO

UNIVERSIDAD DE BARCELONA



No menos lujuriosa que el sexo, no menos arrolladora que la codicia, no menos violenta que la ambición. Sin duda, pocas pasiones tan apasionantes como la bibliofilia. Y es que, del mismo modo que, tal y como dice Borges, en “De las versiones homéricas”, el concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión o al cansancio, la figura del coleccionista apenas se distingue de la del idólatra o el inquisidor. De la del idólatra, porque deposita en los textos que atesora una confianza excesiva, muchas veces indiferente a su contenido. Y de la del inquisidor, porque disfruta rastreándolos y atrapándolos, hasta tenerlos bajo llave. De ahí el interés de un libro como *El poeta y sus coleccionistas*, del catedrático en literatura hispanoamericana de la Universidad de

McGill, José Ramón Jouve Martín, que reconstruye de forma rigurosa y amena la

historia de uno de los conjuntos de manuscritos más interesantes de toda la literatura colonial, como son los manuscritos del poeta satírico limeño Juan del Valle y Caviedes. En la línea de Umberto Eco, que narró, en *El nombre de la rosa*, el proceso de búsqueda y ocultación de un manuscrito; de Stephen Greenblatt, que estudió, en *El giro*, de qué modo el humanista italiano Poggio Bracciolini halló y difundió el manuscrito del *De rerum natura* de Lucrecio; o de numerosos relatos de Borges, en los que los libros subyugan y enloquecen a los hombres; *El poeta y sus coleccionistas* transforma las aventuras y andanzas de un conjunto de manuscritos en una apasionante reflexión acerca de las desconcertantes relaciones del ser humano con el conocimiento.

Sin duda, son muchos los que alaban o condenan el imperio español sin haber leído ni uno solo de los muchos libros que se escribieron en aquella turbulenta y confusa época. Y entre los pocos que se animan a hacerlo, apenas hay quien opte por hacerlo a través de sus poetas. Los que desean alabarlo, prefieren la épica de Ercilla o las cartas de Cortés; y los que desean condenarlo, optan por el moralismo de Las Casas. Como era de esperar, la irreverente obra de Juan del Valle y Caviedes no contenta ni a unos ni a otros, pues éste no fue, ni un héroe, ni un canalla. Por si esto no fuera suficiente, su obra no sólo ha desinteresado a los estudiosos, por la justa razón de que sus versos no llegan a la altura de los de Sor Juana, sino que, además, tiende a incomodar a los biempensantes, pues su autor no dudó en incluir en ella burlas misóginas y racistas. Aun así, sus versos -cómicos la mayor parte de ellos- tienen el inconfundible sabor de la Lima de finales del siglo XVII, con su mezcla de lo culto y lo popular, la ironía y la certeza, y el poder y la miseria, que caracterizaron la vida en el Perú de la época. Fue esa cualidad la que convirtió las copias manuscritas de los versos de Caviedes en objeto de deseo para muchos coleccionistas a partir del siglo XIX.

Para aquellos que no lo conozcan, Juan del Valle y Caviedes nació en Porcuna, provincia de Jaén (España), en 1645. Ya en 1669, lo encontramos dedicado a la minería, en el Perú, donde habría de casarse poco después con Beatriz de Godoy. La fortuna no fue particularmente generosa con él, pues su mayor riqueza consistió en un *cajón de ribera* -o pequeño puesto de mercancías- en la plaza Mayor de Lima. Las letras constituyeron una de sus ocupaciones principales, aunque, no llegó a publicar sus versos en vida. Y ello por dos razones fundamentales. La primera, tal y como explica Jouve Martín, en *El poeta y sus coleccionistas*, por “no ser eclesiástico, jurisconsulto o académico, sino minero y comerciante, no demasiado afortunado”, y la segunda, por “haber elegido –entre todos los géneros literarios posibles con los que dejar su nombre a la posteridad– probablemente el más despreciado de todos ellos: la poesía satírica y jocosa”. Pero no por no ser publicado desconoció Caviedes el éxito y la estima pública, pues copias manuscritas de sus versos pasaron de mano en mano, sin que, por desgracia, hayan llegado hasta nosotros los que escribiera de su puño y letra. Famosos fueron en particular los versos que dedicó a los médicos de Lima, a los que tildaría de “verdugos”, y que lo más probable es que se comportaran como tales en el momento de su muerte, acaecida en 1698.

Pero la intención de *El poeta y sus coleccionistas* no es estudiar tanto las obras de Caviedes, como explorar la forma en que se transmitieron las copias manuscritas de sus textos, y en particular, el papel que en dicha transmisión desempeñaron los coleccionistas. El libro se nos revela, entonces, como una narración a medio camino entre el estudio académico, la biografía y la novela de detectives. La narración nos lleva primero a la ciudad de México, y a la supuesta correspondencia entre Caviedes y Sor Juana. De ahí pasa a la Lima de finales del siglo XVIII y principios del XIX, para ocuparse del papel que tuvo en la transmisión de los textos de Caviedes el médico mulato José Manuel Valdés, cuya obra Jouve Martín ya analizó en su estudio *The Black Doctors of Colonial Lima* (McGill-Queen's Press, 2014). A continuación, *El poeta y sus coleccionistas* explora el interés que sintió por Caviedes el Coronel Manuel de Odriozola, figura destacada de la política y las letras del Perú, un país que, al final de su vida, le daría miserablemente la espalda; el papel que cumplió Ricardo Palma en la transformación de Caviedes en una especie de poeta nacional; los empeños bibliófilos del argentino Gregorio Beeche, uno de los mayores coleccionistas latinoamericanos del siglo XIX; el oportunismo de Francisco Pérez de Velasco, un inversor y diplomático perteneciente a la clase alta de Lima, que fue el responsable de que dos de los manuscritos más importantes de Caviedes acabasen engrosando los fondos bibliográficos de las universidades de Yale y de Duke; la compra al por mayor de libros y manuscritos por parte de Hiram Bingham III, el célebre descubridor del Macchu Pichu, durante su paso por Lima; el curioso interés que tuvo por Caviedes el excéntrico escritor argentino Wenceslao Jaime Molins; y el oscuro destino del supuesto manuscrito que acabó agenciándose el médico boliviano Rolando Costa Arduz. A esta curiosa galería de bibliófilos se les sumará un conjunto de excéntricos académicos que, de una u otra forma, han tenido que ver con el destino de los manuscritos de Caviedes, como el arabista y coleccionista español Pascual de Gayangos, los profesores norteamericanos Fred Rippy, John Tate Lanning y Daniel Reddy, o los eruditos peruanos Luis F. Xammar y María Leticia Cáceres, entre muchos otros.

Con *El poeta y sus coleccionistas*, Jouve Martín nos presenta una narración, no exenta de humor, que mezcla de manera sorprendente el ensayo, la historia y la literatura. Porque nos hallamos ante un libro de historia, en tanto que la investigación y el aparato crítico responden a criterios históricos y filológicos rigurosos; ante un ensayo, que busca comprender, no solo el destino de Caviedes, sino la forma en que una parte significativa del patrimonio bibliográfico colonial desapareció de las bibliotecas y colecciones del mundo hispánico, a menudo con destino a Inglaterra, Francia o los Estados Unidos; y ante una obra literaria, pues, siguiendo el destino de los manuscritos de Caviedes, el autor retrata toda una época, sin desatender al carácter de sus extraños protagonistas, cuyas vidas se entrecruzaron por obra y gracia del amor a los libros.

Según el dictum clásico, “*habent sua fata libelli*”, ‘los libros tienen su propio destino’. He aquí el de los manuscritos de Juan del Valle y Caviedes, que no podrían haber deseado mejor suerte que la de ser recordados con el rigor y la gracia que despliega José Ramón Jouve Martín, en *El poeta y sus coleccionistas*.

Tout est bien qui finit bien.